

EL ARPA DEL CREYENTE.



PERIODICO SEMANAL

DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.



JOB.

ARTICULO PRIMERO.

El libro que vamos á examinar es el mas antiguo del mundo, y compuesto por Moises antes probablemente del Pentateuco. Por esta sola consideracion era acreedor á nuestro mas profundo respeto, como los restos arqueológicos de tiempos desconocidos; pero si atendemos al alto origen de esta obra, que se remonta nada menos que á la divinidad, el respeto se convierte en veneracion religiosa.

Nosotros, prescindiendo de esta circunstancia que le pone fuera del alcance de la critica, hablaremos del libro de Job como de una produccion del entendimiento humano, como quiera que el Señor, al inspirar sus misterios á los autores de los sagrados cantos, se acomodó á la capacidad y estilo de cada uno.

Sin embargo, lugar es este de declarar que los redactores de EL ARPA DEL CREYENTE no miramos la Religion Cristiana y la Biblia como una brillante mitología, cuyos sueños mas ó menos espléndidos y apacibles nos proponemos explotar, como ya se dijo de Chateaubriand, para que su májia se refleje en nuestros pálidos escritos: no, si algun mérito pueden tener los que salgan de nuestra pluma, es el de brotar del corazon, bañados en las dulces lágrimas que los

consuelos de la fé Cristiana hacen asomar á nuestros ojos.

La poesia hebrea tiene como la de todos los pueblos un sello, un carácter peculiar que la distingue aun entre los mismos orientales. En los monumentos que de ella nos restan, ya derramados en los libros prosáicos de la Biblia, ya formando un cuerpo aparte en ese archivo de las armonías y de los misterios del Señor, apenas hay género alguno intacto, desde el sencillo pastoril, hasta el lírico y épico sublimes. Pero todo bajo formas estrañas para nosotros, que por muchos siglos hemos marchado como encajonados entre los valladares que levantaron los serviles imitadores de los griegos. El estilo varia segun la diversidad de autores, segun su carácter y condicion social; pero en todos hay una vehemencia y energia de pensamientos que raya muchas veces en dureza; en todos sencillez y lisura en la frase, y un raudal impetuoso de incierto y revuelto giro en la fantasia, que obliga al poeta á adoptar ya el estilo narrativo, ya el dramático, con transiciones bruscas y repentinas. Por último, distínguese la poesia hebrea en la magnificencia de sus ideas y en la estructura del verso y de la sentencia.

Aun no se ha podido averiguar con seguridad la índole particular de su prosodia y metrificacion; y como quiera que carezcamos de pauta segura en la pronunciacion de sus palabras y entonacion de las sílabas, es muy fácil sin embargo distinguir los libros poéticos entre los prosáicos de la Biblia, no solo por su estilo, sino tambien por el corte de sus periodos.

Los hebreos cantaban en el templo sus himnos ó salmos á coros: uno de estos entonaba la mitad de la estrofa, y el otro la cerraba cantando la otra mitad. El primero emitia un concepto, una sentencia, y el segundo la repetia con

distintas palabras, la amplificaba, ó bien por antitesis presentaba en contraste un pensamiento opuesto.

Decía el uno por ejemplo:

Los cielos cuentan la gloria de Dios.

Y respondía el otro: *Y las obras de sus manos anuncian el firmamento.*

El 1.º *Perezca el día en que nació.*

Y el 2.º *Y la noche en que por mí se dijo: concebido queda un varón.*

No obstante esta gran diferencia material, pues existe entre la poesía sagrada y la profana, aun es mucho mayor si descendemos al fondo de los pensamientos, como que la una bebía en purísimas fuentes emanadas del trono del mismo Dios, y la otra se abrevaba en los raudales de inspiración de la naturaleza, impuros ya desde el pecado del primer hombre. Es curioso sin embargo comparar á Salomón que en el CANTAR DE LOS CANTARES se aleja mas al parecer de su divino objeto, con Teócrito, Mosco y Bion bucólicos griegos, con los cuales tiene la mayor analogía. Teócrito es el poeta griego de mas sencillez y de mayor ternura, y no obstante ¡qué frío parece al lado de los dulcísimos arranques y melancólicas inquietudes de la enamorada esposa! Es necesario convenir con la Iglesia para comprenderlos completamente que en aquellos suaves coloquios y dolientes arrullos se encierra un amor desconocido en el mundo, y que es un destello del de la fruición de los bienaventurados.

Los Dioses de los griegos no eran mas que hombres, y no por cierto de los mejores, con todas sus debilidades y pasiones, y con el triste privilegio de la perpetuidad de una vida que llegaba á serles aborrecible. El Júpiter de Homero con una perfidia que los mayores apasionados de este célebre poeta no han sabido disculpar, es tan perverso, que envía un sueño engañoso á Agamenón, para que este Príncipe, teniéndole por una inspiración divina, salga al combate, y sea víctima de los troyanos. En el Dios de la Biblia á pesar de la terrible magnificencia de que se ciñó en el monte de Sinaí, se deja ver al mismo Dios del Evangelio, padre universal de todo lo criado, rebosando bondad, y muriendo por último para abrir las puertas del Cielo á sus verdugos.

El pasaje en que Homero pinta con mayor sublimidad á Júpiter; el pasaje citado justamente como uno de los trozos mas brillantes de la *Iliada*, es el siguiente:

«Dijo, así: y el Saturnio mover hace
Sus formidables cejas. Los cabellos
Que ambrosia destilan, se estremecen
En la inmortal cabeza del Tonante,
Y hace que todo tiemble el grande Olimpo.»

El Dios de la Biblia se retrata generalmente en sus palabras, lo cual supone mayor inspiración, mayor conocimiento de su esencia.

Dice: *sea la luz: y fué la luz*; le preguntan, ¿quién eres? responde en una sola palabra: *yo soy el que soy*; esto es: yo soy el que existo por mí; todo lo cual significa la palabra

Jehová. Ponderando Dios á Job la distancia de la criatura al Criador, después de acumularle mil imágenes sublimes, le dice: *Nunquid mit-tes súlgura, et ibunt, et reverentia dicent tibi: adsumus?* Hé aquí el lenguaje de un Dios Omnipotente; las arengas de Júpiter y de todas las divinidades del Olimpo demuestran claramente que son obra de los hombres.

Cuando la Biblia quiere pintar á Dios, no se contenta con hacer estremecer los Cielos como Homero: con una rapidez inconcebible de imaginación, en poquísimas palabras reúne cuanto sublime puede caber en la mente del hombre: fuego, rayos, torbellinos, oscuridad, truenos y estremecimiento, todo se reúne en uno ó dos versículos, y hace aparecer al Dios de Sinaí inundando asombro al universo. Todo desaparece á la llegada del Señor, y él es siempre la única figura de cuadro tan magnífico y misterioso.

Esta sublimidad, este lujo de imágenes terribles y de rapidísimas y vivas comparaciones, es mas común en Job que en todos los poemas sagrados.

Se ha dudado hasta de la existencia de este personaje, cuyo nombre es símbolo de la paciencia y del sufrimiento en todas las lenguas cultas; sin embargo, testimonios irrecusables deben desvanecer hasta el menor asomo de duda. Job, según la opinión mas recibida, fué rey de alguna pequeña comarca de la Arabia desierta, y descendiente de Abraham por Esau; y como en el tiempo en que se supone su existencia (poco antes de Moisés) no habia ley alguna escrita, vivia según la natural como Melquisedec el Sacerdote del Altísimo, y otros varones justos. Algunos filósofos modernos han asegurado que el libro de Job era una especie de poema dramático, mas antiguo aun que Moisés, y que principiaba desde el capítulo tercero, fundados únicamente en que desde ese capítulo empieza el verso, siendo los dos anteriores al parecer escritos en prosa. Quienes le hacen tambien de origen persa, sin duda con el afán de arrancar su mas brillante joya á la poesía hebrea; pero estos asertos que destituidos de fundamento ni aun pueden pasar por hipótesis, no bastan á destruir la tradición de tantos siglos, y las decisiones canónicas.

Por otra parte, la índole y la estructura de sus periodos no solo son conformes al carácter general de los poemas hebráicos, sino que tiene todavia, según los conocedores del idioma, el estilo particular del de Moisés, y no hay sino comparar los cánticos del *cantemus dominum* y el de Sefora para convencerse de esta verdad.

El objeto que tuvo el Señor inspirando este poema al caudillo de su pueblo fué, como dice el señor Amat, el de presentarles un ejemplo de paciencia y resignación durante su larga y penosa peregrinación por el desierto.

En el artículo inmediato veremos el desempeño de la obra, dando una sucinta idea de su plan, y presentando alguno de los trozos mas brillantes.

F. NAVARRO VILLOSLADA.

LAMENTACION

DEL

PROFETA JEREMIAS.

¿Como está solitaria,
sentada, la ciudad de pueblo llena?
¿Por qué así tributaria,
revuelve su cadena,
la antes señora, con amarga pena?

De noche gota á gota
sus mejillas las lágrimas bañaron,
y mientras el llanto agota,
los que su amor gozaron,
ó ya enemigos son ó la olvidaron.

Judá siguió el camino
de la aflicción, con pueblo numeroso;
pero el furor divino
siguióla poderoso
en donde quiera que buscó reposo.

Sion está de luto:
de sus solemnes fiestas nadie cura,
y en funeral tributo
llora con amargura
su desflorada, impúdica hermosura.

Ay! porque están desiertas
sus sendas, otro tiempo bulliciosas,
destruidas sus puertas,
y humilladas, llorosas,
sin asco sus vírgenes hermosas!

Y con ávidos ojos
á sus contrarios mira enriquecidos
con sus propios despojos,
y sus hijos queridos
á duro cautiverio sometidos.

Porque Dios enojado
habló contra Sion, y á la luz clara
la presentó indignado,
sin aceites la cara,
porque su torpe liviandad mostrara.

Ya perdió su hermosura
la hija de Sion: sus estragados
principes sin ventura,
por dó quier acosados
delante fueron con rigor llevados.

Jerusalem cautiva
está los tristes días recordando,
en que ufana y altiva
se arrulló en goza blando
de su ignominia en el placer nefando.

Y así fué, que sobre ella
cayó enemiga mano asoladora,
sin duelo á su querella,
y hoy que cautiva llora,
es mancillada la que fué señora.

Grande fué su pecado;
por eso su poder fué descendiendo,
por eso la han mofado,
su abatimiento viendo,
y ella por eso se volvió gimiendo.

—Mira, Señor, mi pena:
no ya de tus bondades desechada,
á mi dura cadena
eternamente atada,
permanezca en los siglos olvidada.

El terrible enemigo
cruel me despojó de mi riqueza
y me arrancó á mi abrigo,
y con negra torpeza
profanó de tu templo la grandeza.

Mi pueblo está gimiendo,
que el hambre fiera con rigor le acosa;
y en su infortunio horrendo,
ni duerme, ni reposa,
vuelto hácia tí con ánima afanosa.

Por pan sus joyas dieron
mis hijos oh, Señor! así la vida
mezquina entretuvieron!
Mira tu hija querida,
soberano Señor, envilecida!

O vosotros que acaso
por delante pasais de mi camino,
tened, tened el paso,
decidme si hay destino
como el que sufro con rigor continuo.

Porque fui vendimiada
y el Señor en el día de su ira
dejóme abandonada,
y mi pueblo delira
en abismos de escándalo y mentira.

De lo alto llovió fuego
y calcinó mis huesos; con red dura
que puso á mis pies luego,
agravó mi amargura
inundando mis días de tristura.

En vela estuvo el yugo
de mi maldad; por esto el soberano
Señor, á mi verdugo
me entregó por su mano,
y ya procuro levantarme en vano.

Quitóme mis magnates :
al tiempo contra mí llamó irritado
y sufrí sus embates !
el mosto regalado
para la vírgen de Judá he pisado.

Por eso estoy sin calma
porque buyó de mis ojos el consuelo
que convierte mi alma.
Prevaleció en su celo
el terrible enemigo de mi suelo.

Sion tendió sus manos
demandando piedad la desdichada ,
y solo halló tiranos ,
y ahí está desolada ,
Salem, con propia sangre amancillada.

Yo provoqué su rostro
á ira ! justo es Dios ! Ahora sus huellas
adorando, me postro ,
porque oigo las querellas
de mis cautivas miseras doncellas.

Demandé á mis amigos ,
y ellos viles , infieles me engañaron ,
de mi dolor testigos.
Los que el templo habitaron ,
hambrientos por dó quier se desbandaron.

Estoy atribulada ,
contristado mi vientre está , Dios mio ,
fuera mata la espada ,
y en mi albergue sombrío
mas fiero mata mi dolor impío.

Oyen que estoy gimiendo
y no hay quien me consuele: el enemigo
está mi queja oyendo ,
y yo tus pasos sigo
por ver si vuelves, y mi paz contigo.

Destruyélos, clemente ,
alto Dios, como á mí me destruiste !
Vuélvete á mí indulgente,
que ya harto tiempo oíste
de mi amargo dolor la queja triste.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

INÉS.

(LEYENDA.)

(Continuacion.)

En la falda de un monte, y á cosa de una milla de la casa de Teresa, brota un fecundo manantial cercado de tres palmeras, conocido generalmente por esto con el nombre de Fuente de las Palmeras, aun cuando es otro su primitivo y verdadero. Las aguas de esta fuente gozan de una maravillosa reputacion, como curativas de las irritaciones del estómago; y Teresa, que padece algun tanto de este mal, se medicina con ellas hace ya algun tiempo. Inés es la proveedora del agua de esta fuente: todos los sábados acude á llenar á ella su cantarillo; y lo que para otro cualquiera, atendida la distancia y el trabajo, sería una cosa pesada y molesta, para Inés, que no desea mas que adivinar los menores gustos de su madre, anhelante por satisfacerlos, es esto tan solo una diversion. La costumbre de Inés es el salir de su casita á media tarde, y el irse poco á poco hácia la fuente, entreteniéndose al paso en cojer florecillas silvestres, ó en perseguir los pajarillos que atraviesan saltando su camino: á la vuelta se divierte del mismo modo, en los mismos pasatiempos, parándose á descansar de su peso en dos piedras, que á una distancia intermedia parecen estar puestas allí para tales descansos. Pero á pesar de las paradas y de los entretenimientos, Inés nunca vuelve á su casa sin sol, y esta tarde está ya muy cerca de espirar el crepúsculo, y la niña no ha parecido todavía. Esto llena de consternacion á su madre; mas cuando ya se determina á salir en su busca, temiendo y suspirando alguna desgracia, Inés alegre y risueña, aunque algun tanto agitada, llega presurosa, y lanzándose en sus brazos:

— Madre mia, la dice, un caso extraño me ha detenido mas de lo regular en la fuente, y os pido perdon por haberos dado, aunque sin culpa mia, este mal rato. Teresa imprime tres besos en la frente de Inés, y esta prosigue: oid, madre mia; habia llenado ya mi cantarillo, y me volvia á casa, cuando cerca del álamo grande llevo por casualidad la mano al cuello, y echo de menos, ¿qué direis, madre? nada menos que mi rosario de plata, el rosario que, segun me habeis dicho, me ciñó al cuello mi padre apenas recién nacida, y que desde entonces jamás se ha apartado de mí, siendo siempre mi prenda mas querida. Juzgad cuál sería mi sobresalto. Vuelvo pasos atrás con ánimo de buscarle á toda costa, pero en vano: una hora estuve dan-

do vueltas sin poder hallar nada. Desesperanzada y llorosa me siento al fin sobre una piedra, no atreviéndome á presentarme ante vos sin mi querido rosario; pero en esto distingo á lo lejos, saliendo del fondo de un bosque, un hombre que se dirijía á mí á largos pasos. Me recele algo al principio de la celeridad con que aquel hombre se encaminaba directamente al sitio en que yo estaba, y ya iba á levantarme de mi asiento y á tomar el camino, apresurándome por llegar á la cabaña de Andrés; en esto el hombre, que todavía estaba á alguna distancia, agita una cosa en el aire, insinuándome al propio tiempo por señas que me detuviese. Bien pronto conocí lo que aquel hombre quería decirme: pareme por lo tanto, y no salieron fallidos mis pensamientos: el rosario tan querido, la única prenda adorada que me queda de aquel que me dió el ser, prenda de cuya pérdida no hubiera yo nunca hallado consuelo, era el objeto que me había mostrado de lejos aquel desconocido, y el que pronto pude de nuevo ver entre mis manos, y llenar de besos y de lágrimas. Enloquecía yo de contenta con mi rosario, y no sabía cómo agradecer tal favor á aquel mancebo. Ofrecile, pues, nuestra casa, diciéndole que si algun día, fatigado de las faenas del trabajo, quería entrar en ella á tomar descanso, siempre la hallaría abierta, y á sus dueños agradecidos. Por única respuesta me contestó el mancebo, rogándome le permitiese acompañarme hasta las tapias de nuestro huerto. Como la noche estaba casi entrada, acepté su compañía, y hé aquí, madre mía, la causa de mi detencion.

Teresa oyó con la sonrisa en los labios la relacion de su hija, llenándola de besos á cada suspencion que hacia.

El sábado siguiente Inés, como tenia de costumbre, fué á llenar su cantarillo á la fuente de las palmeras. Cuando volvió traia las mejillas encendidas, y en su semblante se entrevia el placer que revolvaba su corazon.

Aquella noche la luna al salir, halló como siempre á nuestra pareja á la entrada de su casita. Inés tenia los brazos cruzados al cuello de Teresa, y un rayo de luz atravesando la espesura del enamorado, venia á alumbrar sobre su frente la impaciencia que la dominaba; tenia grandes cosas que decir á su madre, pero por vez primera, parecia estar luchando con sus deseos y con cierto temor de hablarla, cuya procedencia le era desconocida. Adivinando esto Teresa, le salió al encuentro diciéndola; hija mia, has encontrado alguien esta tarde en la fuente de las Palmeras.

—De eso mismo iba á hablaros, contestó con precipitacion Inés, como si la pregunta de su madre la hubiera sacado de un grande apuro.

—¿Tal vez á la hija de Andrea? preguntó de nuevo Teresa.

—No ciertamente, contestó Inés con frialdad, cual si hubiera quedado cortada al ver que Teresa no había adivinado su pensamiento.

—¿A Tomasa la pastora, que suele tambien ir muchas veces á beber las aguas de aquella fuente?

—Tampoco.

—Entonces no acierto, hija mia....

—Os quedareis suspensa al saberlo. Al mancebo de la aventura del collar.

—¿De veras?

—Estaba sentado á la sombra de un plátano, y como me ha visto tan fatigada del camino y del calor de la tarde, me ha brindado un asiento bajo aquel árbol, único que como sabeis se encuentra en alguna distancia. Tenia yo tanto calor, que no he vacilado un momento en descansar á aquella sombra, y entonces el mancebo se ha sentado tambien á mi lado, y ha comenzado ha hablarme de su vida, de sus ocupaciones, de su familia, me ha relatado, en fin, toda la historia de sus dias. Tenia tanto interés aquella historia, que yo, madre mia, la he oido suspensa la atencion de sus palabras. Hijo de una familia del valle inmediato, me ha dicho llamarse Miguel, y que siendo muy aficionado á la caza son raros los dias que no se aproxima á este lado. ¡Oh madre mia! si vérais con que temor he oido la relacion que me ha hecho de los peligros que mil veces ha corrido en esa maldita diversion. Ya se via cercado en lo mas escabroso y desamparado del monte por una manada de lobos; ya la noche le sorprendia distante de su cara, teniendo por lo tanto que pasarla á campo raso; ya una tempestad le sorprendía cuando mas extraviado se hallaba; ya en fin.... pero madre, no quiero seguir porque me sobrecoje el espanto tan solo al pensar en ello. He concebido desde esta tarde un odio tal por la caza, que ya siento que tambien, como me habeis dicho varias veces, fuese mi padre aficionado á ella. Y el pobre Miguel, madre mia, ¡cuán espuesto no se verá diariamente por esa loca aficion!

Inés habló así, tomando de instante en instante mas animacion su rostro y sus palabras, y su alucinamiento no la dejaba advertir la mala impresion que obraban estas en su madre. Al principio comenzó oyendo á su hija con la sonrisa y el interés con que acostumbraba; pero apenas vió el entusiasmo progresivo de Inés, su corazon, que habia pasado por todas las borrascas de la vida, le dijo alguna cosa que debió herirla intensamente, pues que el dolor y la tristeza aparecieron de pronto en su rostro, nublando su anterior alegría. Apenas Inés acabó su discurso, fué tan solo cuando notó el cambio verificado en su madre, y aunque ella no acertaba el por qué, parecia oír dentro de sí una voz que justificaba á sus ojos aquella transicion de Teresa de la alegría á la tristeza, de la dulzura á la severidad. Teresa no obstante trató de disfrazar un tanto la impresion que el relato de Inés habia hecho en ella; pero no sirvió de nada, porque la niña, triste ya y cortada con la primera mirada de su madre, no osó ya ni aun volver á levantar hacia ella otra vez sus ojos. A poco rato, se retiraron ambas á su aposento respectivo; y al despedirse, el beso que Inés imprimió en la frente de Teresa, fué acompañado de una lágrima. ¡Otras mil le sucederán!

Al dia siguiente, Inés tenia los ojos como humedecidos por el llanto, y se entreveian en su palidez las huellas de una vigilia amarga. Su

madre también se levantó más temprano de lo que acostumbraba, como si el lecho estuviese cercado de pensamientos que quisiera dejar en él, y cual si buscara la luz del día, atormentada por algunos malos sueños que la hubieran perseguido entre las sombras. No obstante esto, Teresa e Inés manifestaron aquel día la misma alegría que siempre, y como si la velada anterior no hubiese pasado, ni aun se volvió a mentar para nada. La semana entera corrió del mismo modo: Teresa ocupada en derramar beneficios y en conversar con su hija, y esta en sus quehaceres domésticos y sus placeres infantiles. Siempre la noche las encontraba juntas bajo el emparrado, sentadas en el banco de mirtos, y siempre las mismas confianzas, las mismas palabras de amor, las mismas caricias resonaban bajo aquella bóveda de verdura. Los corazones de Teresa e Inés como dos flores de un mismo ramo, vivían todavía animadas del mismo aliento, bajo el mismo cielo, rodeadas del mismo rocío, y marchitadas por unos mismos rayos.

El sábado llegó en esto, e Inés volvió a ir a la fuente de las Palmeras.

Aquella tarde tornó de la fuente triste como si no hubiese encontrado en ella alguna cosa que esperaba. Traía los ojos mustios y apagados, y parecía andar pensativa y meditabunda. Lo que contó a su madre no tenía nada de particular; había ido, había llenado su cantarillo, se había sentado un rato a descansar, y después se había vuelto sin pararse en ninguna parte; pero cuando Inés contaba esto, se olvidaba de enumerar como otras veces las flores que había cogido, los pajarillos que había perseguido, y los otros mil entretenimientos en que había pasado el rato. ¿Sería tal vez que su mente embebida en un recuerdo olvidaba estos accesorios en su narración, ó tal vez que aquella tarde por vez primera no había tenido gana de entretenerse con las flores y las aves?

¡Ay! Inés, Inés, tu corazón tiene ya abierta una ventana por donde se asoman tus deseos, y tarde podrás ya cerrarla.

A pocos días volvió otra vez a la fuente, pero no tornó ya a su casa triste y pensativa como la vez anterior: brillaba por el contrario la alegría en su semblante, y toda ella palpitaba de placer como las alas de un pajarillo peloyo a vista de la madre que le trae la comida.

En adelante continuó yendo más frecuentemente a llenar su cantarillo a la fuente de las Palmeras. Entonces todas las tardes volvía ya alegre y placentera; pero la alegría de estas tardes no era como las de otros tiempos expansiva y juguetona, no se manifestaba en caricias y cantos, era por el contrario una alegría sentimental y concentrada la dulce satisfacción del espíritu que se goza en un recuerdo, que se alimenta de una esperanza. Inés en tanto iba cambiando enteramente de carácter. El retiro y la soledad era también como antes lo que más apetecía; pero en este retiro, en este aislamiento del trato humano, antes vivía acompañada de sus flores, de sus pajaros, de sus arroyos, de toda la naturaleza en

fin, ante cuya vista se abría su corazón y palpitaba de mil sensaciones; pero en el día distraída y meditabunda pasa al lado de todos estos objetos otros tiempos tan queridos, sin decirle nada su alma, sin despertar en ella el menor sentimiento. Absorta y reconcentrada en sí misma, solo halla dulzuras en la meditación. La meditación es el pasto de los espíritus sensibles. Siempre, no obstante, pasa los mismos ratos al lado de Teresa; pero acontece muchas veces que al preguntarla su madre alguna cosa, se halla Inés para contestar aturdida, y como si su atención no hubiese estado puesta en sus palabras, e ignorase por lo tanto lo que había dicho. Conforme va andando el tiempo, va también gradualmente subiendo de punto esta propensión al aislamiento, esta alnegación de todos los placeres; como si con el tiempo que avanza avanzase también alguna cosa que la hiciese temblar. El porvenir es el fantasma que la persigue incesantemente, la idea que emponzoña su existencia. De aquí nacen esas súbitas convulsiones, que como chispazos eléctricos la acometen frecuentemente; de aquí esos suspiros que se le arrancan al corazón; de aquí esos éstasis, esos arrobamientos mentales que en tanto cuidado ponen a Teresa. ¡Ay! el manco de la fuente de las Palmeras la ha hecho concebir la felicidad en otra vida que no es la del mongio, y la idea del claustro es esta idea terrible bajo cuya influencia maléfica se consume, como un niño bajo la mirada de un espíritu maléfico. Pero lo más raro es que Inés padece sin haber todavía deslindado, sin haberse todavía atrevido a decirse a sí misma la causa de estos padecimientos. Siente los efectos, siente el astío que la mata, el encanto, la ilusión que de repente filtra por sus venas, y pone en animación toda la sangre que contienen, resucitándola a una nueva vida cuando se halla junto a Miguel; pero estos sentimientos, estas sensaciones las recibe sin haberlas determinado todavía, sin haberlas nombrado. Hay palabras que ni aun a nosotros mismos nos atrevemos a decir, porque tememos al pronunciarlas revelarnos un terrible secreto, que no lo es ya para nuestro corazón, que lo es únicamente para nuestros labios, y el nombre de Miguel es para Inés todavía una de estas palabras. Por otra parte, cuando uno no ha sentido jamás una pasión, cuando separado como Inés del trato del mundo, jamás ha oído pronunciar ni aun el nombre de esta, ni mucho menos conoce sus efectos, se halla como sin saber darse cuenta de lo que por sí pasa, y como Inés padece sin conocer su enfermedad. En este estado el fastidio y la melancolía son los dos males que minan el corazón, y se vive vegetando como una planta, cercado de una atmósfera de indiferencia, que no deja llegar a nosotros ni aun una sola sensación de dolor ó de alegría. Estas son las causas del estado de Inés y de esa indiferencia con que hoy pasa por medio de todos aquellos objetos que antes encantaban su vida, sin dirigirles ni siquiera una mirada. Su madre tan solo es la que está exenta de

esta indiferencia; para su madre siempre hay sonrisas y cariños en los labios de Inés. Esfuerzase en su presencia por disimular la pena que la devora, y ante sus ojos todavía aparece lués con la paz fugida de sus primeros días. No se oculta no obstante á Teresa los padecimientos de su hija, ni la causa tampoco de estos padecimientos; pero temiendo encontrar la llaga no se atreve á poner la mano sobre ella. Solo en Dios confía el remedio de esta desgracia, y sus plegarias y sus oraciones suben diariamente á los Cielos, rogando á Dios en ellas por la vuelta de su querida Inés á la calma y sosiego de la infancia, por la felicidad perdida del único bien que la queda sobre la tierra. Tal vez sus palabras no sean desoídas, porque está escrito que la voz del justo sonará siempre agradablemente en los oídos del Señor.

Una noche, y á la hora en que todos los alrededores yacían en el mas profundo silencio, Teresa de rodillas sobre el lecho oraba todavía, y en el aposento inmediato lués como Teresa, las manos cruzadas sobre el pecho, elevaba tañido á los Cielos las mas fervientes oraciones. Los murmullos del rezo cesaron á poco rato en ambos oratorios, y las lámparas que los alumbraban se extinguieron al mismo tiempo, dejándolos envueltos en las tinieblas. Pero otra luz y otros murmullos comenzaron en esto á levantarse de enmedio de aquella oscuridad, y aquel silencio. Estas luces mas lánguidas y hermosas que todos los albores juntos de todas las auroras y los crepúsculos, que todos los rayos de la luna y de los luceros, y estas armonías mas sentimentales y dulces que los sonidos de cien arpas, que los acentos y murmullos de todas las aves, las auras y las fuentes del Paraíso, brotan del cuarto de lués, llegando á los ojos y á los oídos de Teresa, en medio de las dulzuras de un apacible sueño. Dispiértase en esto é incorpórase sobre el lecho; pero apenas puede tenerse sentada en él, porque tantas armonías y tantos resplandores desvanecen su alma. Suspensa y sin atreverse ni aun siquiera á respirar, oye y mira aquellos acentos y aquellos resplandores con la alegría y los embebecimientos de un niño, que contempla absorto los rayos y oscilaciones de la luz de una antorcha. Aquel estasis es el mejor retrato de la vida celeste de los bienaventurados. Pero poco á poco aquellos ruidos y aquellas luces se van desvaneciendo á lo lejos, como si fuesen ascendiendo por las regiones de los aires, y Teresa entonces, como por un efecto del cansancio y trabajo de sus sentidos, únicamente percibido al volver al estado natural, se queda otra vez dormida á la sombra del mas apacible sueño.

A la mañana siguiente los aldeanos de la comarca andaban preguntándose mutuamente si habían oído aquella noche una música celeste, que había venido á sorprenderlos en la mitad del sueño, creyendo cada uno por su parte que aquello había sido únicamente una quimera de su imaginación. Pero cuando todos estuvieron acordes en contestar por la afirmativa, comenzó desde luego á correr la voz de que aquella noche había

bajado de los Cielos la Virgen del Carmen, á cuya invocación estaba la ermita mencionada, á obrar algún milagro en la aldea.

Lués en tanto se levantó aquella mañana con la alegría y el placer pintados en el semblante. Cuando su madre la estrechó entre sus brazos, Inés, volviendo otra vez de repente á las dulzuras de sus días primeros, renaciendo otra vez para los sentimientos de la inocencia, gustó en aquel abrazo todas las dulces sensaciones de sus seis meses de melancolía; sintió reasumidas en uno solo, todo el goce de tantos abrazos perdidos, de tanto amor abandonado. La contó el sueño que había tenido, y las nuevas fuerzas con que se sentía para su vida futura. La Virgen, segun ella, había bajado en una nube de incienso, é inclinándose sobre su lecho, la había cogido el corazón, y acercándolo á una antorcha que llevaba un ángel después de haberlo purificado entre la llama, lo había puesto otra vez en su seno, imprimiendo al mismo tiempo un beso sobre su frente. En esto había vuelto á quedar sumida en un dulce sueño, del que había despertado al rumor de los cantos de las aves.

Lués efectivamente volvió desde entonces á su método antiguo de vida, entregándose de nuevo toda entera á su madre y á su jardinillo. Jamás volvió á la fuente de las Palmeras; pero no obstante, cuando alguna vez tendía hacia aquel lado los ojos, siempre se escapaba de su corazón algún suspiro. Efectivamente, aquel corazón no estaba todavía muerto á los recuerdos, y aquella visita celeste no había hecho mas que fortalecerlo y alentarlo contra los trabajos y penurias del resto de la vida que la quedaba. Amaba todavía tanto como antes á Miguel, pero se consolaba de no verlo en el mundo, con la esperanza de unirse á él en los Cielos. Así la encontró el día en que debía entrar en el convento, y así vistió la toca de novicia, no sin lanzar antes desde el dintel de aquella puerta que debía cerrarse detrás de ella para siempre, un suspiro y una lágrima en memoria de alguna cosa que debaja en pos de ella, y á la que parecía consagrar su último pensamiento mundano.

(Se concluirá.)



RUINAS.

«Cælum, et terra transibunt, verba
autem mea non præteribunt.»

S. MATEO, c. 24, v. 35.

Artículo primero.

O fragilidad de las cosas humanas! Terrible sentencia de muerte que no deja de cumplirse nunca! Tiende el tiempo cien y cien velos impenetrables, y reyes y mendigos, imperios y lugares, y chozas y monumentos quedan igualmente sepultados en el olvido. El inflexible Genio de la destrucción se está cerniendo desde el principio del mundo sobre los siglos; se burla de los humanos esfuerzos, devora sus obras, y de esta presa que arrebató en su rápido vuelo, y lleva al seno de la eternidad, nos deja tan solamente funestos despojos, restos desparramados, piedras carcomidas, tumbas sin nombre... RUINAS!

¡Ruinas! Huellas medio borradas que los siglos dejan á su espalda, y que señalan el tránsito de las generaciones pasadas, como un nido solitario nos indica la muerte de un pajarillo, y un colmenar sin abejas la destrucción de un enjambre entero. ¡Ruinas! Desengaño espantoso para el insensato que ambiciona grandeza; y dulce presentimiento de una vida inmortal para el hombre meditabundo y religioso!

Venid, venid á contemplar las ruinas los que sufrís y lloráis, y ellas levantarán su voz para deciros que los males de la vida pasan como un enojoso ensueño al despertar. Ven á contemplar sobre ellas; ven, inspirado poeta; tú que te arrastras por la tierra, teniendo alas para volar en el espacio; ven, y tu mirada no podrá vagar por entre vacilantes columnas y estatuas derribadas; tu pensamiento no podrá descarriarse por entre confusos recuerdos y tradiciones oscuras, sin que estos mudos testigos, esa voz misteriosa del ángel de las ruinas eleve tu alma con estas palabras: «Los hombres y sus obras son perecederas; Dios y su palabra permanecen por toda la eternidad»

Venid vosotros, hombres mundanales, embriagados con los efímeros perfumes de esta vida; venid vosotros, que encantados con el atractivo de los deleites, aun no habeis dirigido al Señor un solo pensamiento; venid á presencia de las ruinas, y aquí aprenderéis que todo se desvanece, se borra y se trastorna, menos Dios. Bien como cuando en los desiertos de la Libia lanza el huracán los remolinos de arena muy mas arriba de la palmera; pero sucede la calma, la arena torna á su lugar, el polvo cae al suelo, y el árbol inmutable mece en el viento su altanera copa.

Este es el lenguaje de las ruinas! y ora consolador, ora severo, parece que es inherente é indispensable al hombre. Este la remeda en sus jardines; surca tormentosos mares sin mas objeto que admirarlas, y abandona su hogar, su patria y su familia: el pintor las hace revivir con su pincel, y el poeta se estasia cuando las can-

ta al son de su laud; porque las ruinas nos elevan mas allá del inmundo lodo de este lagrimoso valle, y nuestros ojos se clavan en el Cielo.

Mas no todos llegan á comprender que las simpatías del hombre con las ruinas provienen del instinto de dolor y de melancolía que se anida en nuestras almas, y que se revela en las involuntarias lágrimas que derramamos cuantas veces recuerda el espíritu su destierro del Cielo, ó en el súbito placer que sentimos interiormente, cuando la esperanza del próximo fin de esta peregrinación se fija vagamente en nuestro pensamiento.

Por eso nos embelesamos tanto en su contemplación.

Bellas son en verdad esas pardas mutilaciones de mármol y granito, coronadas de triste jarraño y de frondosa yerba, olvidadas del tiempo en los escondidos bosques, en los desiertos campos, y sulcadas por arroyuelos espumosos; pero mas bellas son las lecciones de historia y los desengaños que nos proporcionan. Lecciones de historia, porque son como una página medio rasgada que dice algo y deja mucho que adivinar; y desengaños, porque el abandono que las rodea, y la helada indiferencia con que las miran los hijos del suelo en que estan esparcidas, son muy tristes, muy penosos, y deben abatir la insensatez del hombre orgulloso.

Fijemos por un momento nuestra imaginación en el mundo antiguo, descendamos paso á paso á los sitios en que los pasados tiempos dejaron estampadas sus huellas, y veremos el desden, el olvido y la ignorancia con que las cubren los vecinos moradores; veremos envueltas las ruinas en tupidos velos, que solo es dado levantar á veces á la encantadora poesía. Recordemos la Europa comenzando por nuestra España en el artículo siguiente.

MOVIMIENTO LITERARIO.

El Ateneo ha abierto ya algunas de sus cátedras regentadas, como siempre, por sujetos dignamente reputados. El Sr. D. José de la Revilla, cuyas lecciones de historia de la literatura española habian llamado tan mercedamente la atención en los años anteriores, continúa en el presente curso sus explicaciones con la misma brillantez y buen éxito. Las dos que hasta el día han tenido lugar han versado, la primera sobre el poema épico, y la segunda sobre el origen y progresos del romance, de esa poesía popular tan peculiarmente española, y en ambas ha ilustrado el Sr. Revilla con el tino y buen gusto que le caracterizan, algunos puntos literarios interesantísimos. El mas sano criterio unido á una vasta erudición, y á la precisión y claridad del lenguaje, son las dotes principales del Sr. Revilla, y preciso es confesarlo, sus lecciones serán un monumento de gloria para la literatura nacional. Deseamos verlas impresas cuanto antes, no dudando de la buena acogida del público.

Si lo contrario sucediere, como no sería muy extraño segun el celo de nuestros editores, no podríamos menos de mirarlos con indignación, al ver que hacen sudar la prensa con malas traducciones, en tanto que nos hacen carecer de nuestras buenas obras originales.

IMPRENTA DE LA VIUDA DE JORDAN E HIJOS.